

1.7 Se Trata de Respeto - RE: Divinidad - La Esencia de la Creación

- 1.7 Se Trata de Respeto - RE: Divinidad - La Esencia de la Creación

1.7 Se Trata de Respeto -

RE: Divinidad - La Esencia de la Creación

Elvira intentaba convocar una reunión de dioses. Considerando las diversas personalidades, dominios y edades involucradas, la reunión transcurría, como era de esperarse, en un absoluto caos.

Ahora comprendía lo que quería decir su Padre cuando mencionaba que aquello era “como tratar de arrear gatos”.

“¡Deténganlo! ¡Presten atención!” exclamó ella, golpeando la mesa con las manos y resistiendo el impulso de estrangular al más joven; Aerial, la diosa del viento. Ella utilizaba sus poderes para elevar al dios de la tierra, un hombre robusto de piel pétrea, que se reía como un niño mientras volaba sobre la mesa de mármol redonda en la que Elvira intentaba, sin éxito, sostener la reunión.

“Déjenlos divertirse,” ironizó su hermano, Alejandro, desde donde yacía enrollado en el suelo. La cola de Elvira se agitaba nerviosa, y sus plumas se erizaban al observar al dios del fuego perseguir a la diosa del agua hasta la figura de Alejandro, cuya serpenteante forma se elevaba por encima de ellos. Él los miraba con expresión divertida mientras trepaban sobre él, riendo a carcajadas mientras dejaban huellas húmedas y ardientes en sus escamosas escamas blancas.

“¡Oye! ¡Bájense de ahí!” protestó Elvira, a lo que Alejandro simplemente negó con la cabeza, aparentando mayor diversión que molestia.

“Déjalos ser, hermana. No podemos controlarlos de todos modos, y solo están divertirse un poco,” soltó Reika, tapando su boca con una mano para ocultar su risa. Ella y Keilan conversaban tranquilamente tomando té, ajenos al caos que los rodeaba. Con calma deliberada levantó su taza, esquivando por poco a las dos energías en pugna—no verdaderos dioses, pero suficientemente poderosos como para haber sido invitados—que atravesaron bruscamente el espacio entre ella y Keilan.

“No se trata de control, sino de respeto. ¡Miren en qué estado dejaron mi palacio!” exclamó Elvira, haciendo gestos hacia el palacio que había construido para sí misma. Había sido inspirado en uno que vio construir a su Padre en su propio hogar, aunque en ese momento estaba hecho añicos. El techo abovedado tenía agujeros, el sol se filtraba a raudales hasta el suelo, y los altos pilares de mármol blanco, que decoraban el interior, estaban agrietados y semidesmorados. Marcas de quemaduras, manchas de hielo y profundos surcos ensombrecían las paredes, mientras que

fragmentos de vidrio, producto de ventanas rotas, yacían dispersos por el suelo.

Y los pisos... ¡por Dios, los pisos!

Había sido la única obra verdaderamente artística en todo el palacio, un hermoso mosaico que ella misma creó a lo largo de varios siglos, pieza por pieza. No era particularmente creativa, así que había sido toda una tarea elaborarlo, pero se sentía orgullosa de esa obra. Ahora apenas veía esa belleza rota en pedazos. Claro que podía reconstruirlo con su poder, pero eso ya ni importaba. Solo había treinta dioses en los Cuatro Reinos, y aún menos espíritus poderosos—llamados Reyes del Espíritu—, entonces, ¿por qué no podían convivir en paz para tener una simple reunión? ¡O siquiera concentrarse en una sola cosa por tanto tiempo!

“¿Por qué nos convocaste aquí?” preguntó Keilan, lanzando una mirada molesta a los Reyes del Espíritu que luchaban entre sí. A diferencia de Reika, él no retiró su té a tiempo y ahora una mancha marrón ensuciaba sus ropas oscuras. Con un movimiento de su mano, hizo que la humedad desapareciera de su ropa con un simple hechizo.

“Quería hablar acerca del futuro de nuestros Reinos,” gimió Elvira, apretando y soltando los puños, con la cola agitada por la inquietud. “El Padre está causando revuelo con todo lo que hace, y debemos prepararnos para los cambios. ¡No podemos tener solo treinta dioses yendo por ahí haciendo lo que les da la gana, armando un absoluto desastre!” casi gritó, conteniendo el deseo de estallar en ira.

“Tranquila, Elvira,” gruñó Alexander, levantando la cabeza. “No estamos aquí para controlar a los demás — no podemos, esa es la naturaleza del libre albedrío.”

“¡Cállate!” replicó ella deteniéndose y mirando con dureza a su hermano. Él parpadeó sorprendido, luego frunció el ceño. Sabía que en ese momento estaba siendo dura, pero alguna parte de ella no le importaba. “¡Sé que no podemos controlarlos! ¡Eso no es el punto, maldito sea!”

“¿Cuál es el punto?” preguntó Reika suavemente, colocándose entre Elvira y Alexander. El gesto no pasó desapercibido, su pequeña hermana intentaba mediar. Elvira sostuvo su mirada por un momento, luego levantó la vista para encontrarse con los ojos de Alexander. Sus pupilas, de colores del arcoíris, la miraron con intensidad, exigiéndole que se retirara, pero ella no iba a ceder hoy.

“No existe tal cosa como acción sin consecuencia,” dijo con sencillez. Las palabras pesaron en el aire entre los cuatro, la verdad manifestándose con fuerza. Incluso las deidades más jóvenes se detuvieron en su caos para lanzarle una mirada. Algo ardía en su pecho mientras permanecía allí, desafiando a cualquiera que quisiera cuestionarla, las palabras brotando desde su interior e invocando... algo intangible. Keilan se movió incómodo en su asiento, tenso, mirando fijamente a Elvira.

“Por supuesto que no,” gruñó Alexander.

“Entonces, ¿por qué actúas como si lo fuera?” espetó ella, dando un paso adelante con orgullo, disfrutando un poco al ver cómo Alexander retrocedía ligeramente. Reika colocó una mano suave

sobre su pecho, y ella volvió a mirar a su hermana. La chica de cabello verde tenía una expresión suplicante en los ojos, y por un instante consideró seguir adelante y disputar esa pelea. Pero el momento pasó, y se volvió con un clic de lengua.

“Elvira...” empezó Reika, pero ella no le prestó mucha atención, girándose en cambio hacia los dioses congregados. La miraban con cautela, el caos y la destrucción que habían provocado en un intervalo temporal de pausa. De manera distraída, se dio cuenta de que estaba flexionando su poder, una neblina blanca y dura emanando de ella en ondas, extendiéndose para azotar el mundo a su alrededor como la marea contra la arena. No hizo nada por controlarlo, dejando que fluyera.

“Voy a partir en vuelo. Es mejor que recojan este desorden para cuando regrese,” dijo, sin poder ocultar su rabia en el tono, mientras mostraba la destrucción de su palacio. Podría repararlo en un instante si quisiera, pero ese no era el punto. Las deidades retrocedieron un poco al verla girar y caminar hacia la entrada. Una sensación molesta le punzó la cabeza, y miró hacia atrás, encontrándose una vez más con la mirada de Alexander.

“¿Esto tiene que ver con el estado de tu palacio?” preguntó, en un mensaje mental e inaudible para los presentes. Y esa fue la única razón por la que no le saltó encima por la pregunta, que, francamente, era bastante absurda.

“Si esa es realmente tu opinión de mí, entonces tendré que reconsiderar la tuya, hermano,” le respondió, atravesando la puerta principal. El gran arco que servía de entrada se abría a una amplia veranda, con millones de escalones que subían desde la base de la Montaña Sagrada — un número que solo aumentaba, así como la Montaña y los Reinos crecía. Ante ella se extendía su dominio: tierras que se perdían en el horizonte, lagos del tamaño de océanos, ríos más anchos que montañas, y valles más profundos que cañones, las características más simples del Reino Celestial.

“Hermana,” llamó Keilan, saliendo a su lado. “No sabía que pensabas tan profundamente en esto; esperaba que fuera algo de ego, siendo honesto. Es una sorpresa.”

“Ahora no es momento, Keilan,” replicó ella con dureza, sin molestarse en mirarlo siquiera.

“Tienes razón. Perdón. A veces lo que dice mi boca no refleja lo que realmente siente mi corazón,” respondió Keilan, y ella se detuvo, su enojo momentáneamente aplazado mientras lo observaba de reojo. Su piel oscura y su cabello oscuro brillaban a la luz del Sol del Reino, sus ropas negras ajustadas e impecables. En muchos aspectos, los hermanos eran muy diferentes... pero en otros tantos, eran increíblemente similares. Lo que él decía reflejaba demasiado bien lo que ella sentía. “Lamento no poder quedarme. Otro espíritu ha asumido el manto del Karma, y necesitaré instruirlo en sus leyes para poder utilizarlo. Con las razas mortales que la Madre promete traer próximamente, requeriré toda la ayuda posible para manejar los asuntos en el Reino del Karma. Reika también llegará pronto. Está ansiosa por volver a ese proyecto secreto suyo.”

“Ya veo,” dijo Elvira, mirando hacia otro lado.

“No lo crees. Cualquier ira que sientas te ciega. No tomes esto a mal,” añadió con presteza, percibiendo claramente cómo ella se tensaba ante sus palabras. “En muchos aspectos, creo que tú y yo enfrentamos sendos caminos, por muy diferentes que parezcan. Somos quienes los Cuatro

Reinos mirarán para liderar, más que para guiar. ‘No hay acción sin consecuencia.’ Es una buena frase. ¿Te importa si la uso?”

“Adelante,” gruñó ella con desgana.

“...Hermana, no tengo las palabras para ayudarte con lo que sea que estés sintiendo ahora mismo, pero te entiendo. Si alguna vez necesitas hablar con alguien, estoy dispuesto a escuchar,” dijo Keilan con suavidad. Ella resopló.

“Seguro, si necesito hablar de mis sentimientos como una tonta, tú serás el primero a quien llame,” afirmó, lanzándole una sonrisa forzada para aparentar que solo era una broma. Él se rió y le empujó el hombro, mientras las sombras se alzaban a su alrededor para devolverlo al Reino del Karma.

“Esa es la Elvira que conozco,” dijo, y desapareció con un pequeño estallido. Elvira frunció el ceño en cuanto él desapareció, su enojo aumentando otra vez, sus alas extendiéndose en respuesta. Con un salto potente, se lanzó hacia el cielo, batiendo sus alas, cada movimiento la impulsaba cientos de millas. No sabía a dónde iba, su rabia drenándose con el esfuerzo de volar a máxima velocidad, solo que debía ir a algún lugar.

Nubes azotadas por el viento se desplazaban bajo ella, bosques, algunos de solo unos pocos mil años, dando paso a desiertos, luego tundras, y otra vez bosques. El Reino del Cielo contenía todos los terrenos en su interior; no era un paraíso, pero era un ideal. Sabía que no sería una utopía para quienes allí vivían, pero sería algo bueno.

Elvira gritó su rabia, su voz quebrándose en un grito de furia mientras desahogaba su frustración. Con los dientes apretados, plegó sus alas y se precipitó hacia la tierra. Justo antes de impactar, sus alas se expandieron, el viento atrayendo sus plumas y levantándola lo suficiente para que su aterrizaje fuera liviano como una pluma. Aunque quería estrellar el suelo debajo de ella, no pudo hacerlo. La rabia que sentía por haber salido de su palacio furiosa ya la calentaba lo suficiente; no necesitaba hacer una rabieta destructiva como una niña.

Con un resoplido autocrítico se sacudió la cabeza, mirando hacia las llanuras en las que había llegado, con hierba dorada que se elevaba hasta rozarle los hombros y ondeaba suavemente con la brisa. El sol ardía con intensidad inusual en aquel lugar, golpeando la tierra con tal fuerza que parecía un milagro que la hierba no se incendiara instantáneamente. En algún lugar a su izquierda relinó un caballo, sin duda molesto por su aparición repentina, y ella respiró profundamente. ¿Qué buscaba realmente? ¿Qué intentaba hacer?

—Estás asustando a los caballos. ¿Qué te tiene tan alterada?— dijo una voz demasiado familiar desde su izquierda. Elvira reprimió el alivio que la invadió al volverse para contemplar a su padre, odiando sentir que dependía de su sabiduría en ese momento de necesidad. Sin embargo, no mencionaría su aflicción. Él ahora tenía un poco de su propio entretenimiento, sentado sobre una yegua gris jaspeada, con un sombrero vaquero en la cabeza, una sonrisa suave en el rostro, pero con una mirada en sus ojos que mostraba toda su seriedad.

—Lo siento, Padre— susurró. —Necesitaba salir a caminar. Parece que mis alas me trajeron aquí.

—¿Quieres hablar de ello?— preguntó. —Solo estaba dando la última cita a la vieja Bella. Se está poniendo demasiado vieja para cargarme.

—No, está bien— respondió ella de inmediato. El padre la miró fijamente, con sus penetrantes ojos verdes que siempre le daban la sensación de que aquella niña que hacía montañas de nieve solo por diversión nunca desaparecía de su rostro. —Es solo que... no sé qué hacer. Intentaba ser una líder, creo, y, bueno, todos los nuevos dioses estaban fuera de control. No tengo las palabras para explicarlo. No debería estar tan enojada como estoy.

—No es necesario que lo expliques— dijo el padre, cuya cabalgadura se acercó a su lado. La yegua gris mordisqueó las alas de Elvira, apenas rozando sus plumas con los labios, una sensación que la hizo esbozar una sonrisa a pesar de sí misma. —Oye, ¿quieres ver algo genial?

—¿Qué?— preguntó Elvira, confundida por el cambio abrupto de tema. El padre extendió la mano, sosteniendo algo, y ella lo tomó sin pensarlo dos veces. Ahora en sus manos había un cubo de hielo, que se derretía bajo el intenso sol.

—Eso es genial— dijo, con una expresión cuidadosamente neutral. Elvira pestañeó, miró el cubo de hielo, y sin poder evitarlo, resopló, lanzándolo a un lado.

—Eso fue terrible— dijo, y él esbozó una sonrisa ridícula que le revelaba todo lo que necesitaba saber sobre lo que se avecinaba.

—Como el papel, era para llorar— dijo el padre, creando y desgarrando una hoja de papel solo para demostrar un punto.

—Basta.

—¿Puedes saltar más alto que una montaña?

—Sí. Puedo volar, Padre—

—¡Por supuesto que sí! Las montañas no saltan—

—Papá—

—¿Quieres mi consejo? Nunca confíes en las escaleras. Cuando no están tramando algo, solo te quieren hacer bajar—

—Por favor—

—¿Quieres saber cuál es el mejor regalo? ¡Tambores rotos! No puedes vencerlos—

—Basta con los juegos de palabras—

—De acuerdo. Este no es un juego de palabras, técnicamente. ¿Qué es rojo y hace daño a tus dientes? Un ladrillo—

—Literalmente puedo comer ladrillos si quisiera. ¿Por qué me haces esto?—

—Me parece divertido. O, en este caso, un juego de palabras—. Aunque odiaba cada segundo de los ‘chistes de papá’ que proclamaba, Elvira no pudo evitar reírse por la abrupta ocurrencia. Especialmente por esa sonrisa tonta que le ponía cada vez, con los ojos brillando de diversión y disfrutando claramente contar los chistes más que el humor en sí. juraba que solo los decía porque ella los odiaba. —¿Quieres montar a caballo conmigo?— preguntó de repente, acariciando el flanco de la yegua. Elvira lo pensó por un breve instante, asintió con una sonrisa. Aunque en realidad debería haber regresado... pero, a veces, decirle que no a su padre era casi imposible.

Aunque ella no entendía completamente por qué Él disfrutaba tanto montar a caballo,

Con un simple gesto de Su mano, el resto de la manada de caballos llegó galopando, ya sin nerviosismos. Elvira eligió el primer caballo que vio, montándose en la espalda de un jinete pardo-rojizo, de temperamento ardiente, que salió corriendo tras su Padre y Su yegua mientras atravesaban las llanuras. El semental respondía de manera increíble, como era de esperar, girando y siguiendo cualquier camino que ella quisiera con solo un pensamiento.

No cabalgaron mucho tiempo, quizás una hora, atravesando las llanuras a una velocidad pausada. Podría atravesar todo el Reino del Cielo en un día, quizás menos si se esforzaba. Montar a caballo para recorrer unos pocos kilómetros la aburría muchísimo. Especialmente cuando la energía del territorio empezaba a alterarse, chisporroteando aquí y allá, recordándola que había dioses esperándola de regreso en el palacio. Dioses que mejor hubieran limpiado su desorden.

Niños. Eran niños crecidos, con demasiado poder al alcance de sus manos. ¿Era eso con lo que el Padre tenía que lidiar al criarla a ella y a sus hermanos?

“Creo que voy a regresar,” anunció, saltando del semental y extendiendo sus alas para atraparse en el aire. El sol intenso seguía azotando, y ella hizo una mueca ante la luz cegadora.

“Está bien. Que te diviertas,” dijo el Padre, girando a Su yegua y sonriéndole con complicidad.

“¿Por qué el sol aquí es tan fuerte?” susurró para sí, mirando hacia el Sol del Reino. El dios interior aún no había tomado forma completa, pero ella había notado más actividad en su interior, indicándole que debía ocurrir pronto.

“Probablemente fue culpa mía,” dijo el Padre, apareciendo de repente a su lado, con las manos cruzadas tras la espalda y una expresión severa en el rostro. “No ha estado muy contento conmigo desde que creé los soles en el reino físico. Está haciendo una rabieta, pero tendrá que aceptar las cosas. No es una ofensa contra él, simplemente el reino físico necesitaba ser un poco más dinámico.” Elvira asintió, comprendiendo lo que quería decir. Había sido necesario; incluso Reika estaba de acuerdo. Ni siquiera serían soles inmortales como el del Reino del Cielo, morirían y renacerían de acuerdo con la naturaleza del Reino físico.

“Él llegará a entender,” aseguró ella, dándole un rápido abrazo a su Padre antes de alzar vuelo de regreso a su palacio. Un pequeño pensamiento rondaba en su mente mientras volaba, tomando en cuenta lo que Él decía. No era su intención dar consejo, y ella no lo buscaba en Él. Puede que sea

una terquedad orgullosa de mi parte, pero no quería depender de Él en todo. Sin embargo, eso no significaba que no pudiera inspirarse en sus palabras.

No todas las decisiones serán bien recibidas, comprendió, aterrizando suavemente justo afuera de las puertas principales del palacio. Si quiero ser una líder ejemplar, la Hermana Mayor de todos mis pequeños hermanos, debo estar lista para tomar decisiones difíciles. Decisiones que no me ganarán favores, pero que serán seguidas por respeto. El interior estaba en su mayoría vacío, la mayoría de los dioses habiendo partido mientras ella no estaba, y afortunadamente, había sido limpiado. Las paredes estaban libres de marcas de quemaduras, el techo en forma de cúpula reparado, y el suelo nivelado. De hecho, lo único aún roto era una sola columna, frente a la cual estaba Aeriél, la diosa del viento. Ella parecía a punto de llorar, tirando de su largo cabello verde y de las mangas de sus nuevas túnicas verdes.

"Disculpa que hayamos causado tal desastre. Los demás ya se han ido. Se sintieron mal," susurró, su voz suave y melodiosa.

"Está bien, no te preocupes. Pero cuando visites la casa de alguien más, no la destruyas solo por diversión. Es una falta de respeto," dijo Elvira, acercándose a ella. La miró con atención, bajando la vista y rozando el suelo con un pie, mientras su mirada se posaba en el pilar agrietado, expresando una mezcla de pensamientos complejos.

"Lamento que el pilar no esté reparado. No puedo arreglar la piedra como los demás," murmuró Aeriél, retorciendo sus manos nerviosamente. "No sé cómo hacerlo. Perdón. Solo quería divertirme." Elvira se detuvo frente a la joven diosa, suspirando en silencio, aunque mantuvo en su rostro una sonrisa comprensiva. La ira que la había angustiado antes se sentía ahora mucho menor, casi desaparecida. ¿Por eso padre la había llevado a dar aquel paseo a caballo? ¿Para distraer su mente?

"No hay problema en eso, solo debes tener cuidado. Y no todo tiene que repararse a la perfección," dijo Elvira, colocando una mano en el pilar y observando críticamente las grietas mientras su poder impregnaba la piedra. Una parte de ella deseaba dejarla así, como un recordatorio de hoy... pero era una idea absurda. Sin embargo, eso retardó su magia justo lo suficiente para que el oro llenara las grietas del mármol, en vez de reparar la piedra por completo.

Se detuvo antes de que pudiera arreglarlo. En realidad, eso lucía bastante bien, como una telaraña de oro trepando por el pilar.

"¿Ves?" dijo, sonriendo sinceramente al asombrado rostro de Aeriél. "Incluso los errores pueden convertir algo en algo hermoso." Incluyendo mi error.

"¡Es tan bonito!" exclamó, flotando para acercarse y observar mejor las líneas doradas. "¿Me puedes enseñar cómo hacerlo?"

"Haremos lo posible. Y tal vez, incluso descubramos algo nuevo para hacer con tu viento," contestó Elvira tras un breve titubeo. Aeriél aplaudió alegremente y empezó a chismear sin parar, el estar triste olvidado mientras brincaba por todo el interior del palacio. Elvira la observaba con una pequeña sonrisa cansada.

No sabía cómo ser un ejemplo, un líder para que otros dioses pudieran seguir o intentar parecerse. Eso era lo que representaba su Reino, pero quizás no era ella en realidad, y eso hacía una diferencia. Por ahora, sin embargo, podía comenzar siendo una maestra para los pequeños. Sus lecciones empezarían con respeto y con aprender a controlar sus poderes. Como si en ese momento, Aerial lanzara una ráfaga de viento de sus manos, rompiendo accidentalmente otra ventana. Ella se estremeció y se pellizcó el rostro con frustración.

Definitivamente, comenzaría por el control. La vida, después de todo, era un elemento frágil, y hasta los dioses tenían que someterse a ciertas reglas.